JOSE IGNACIO DE ALBERTI, MIGUEL DE SAN ROMAN
y RAMON DE GODOY

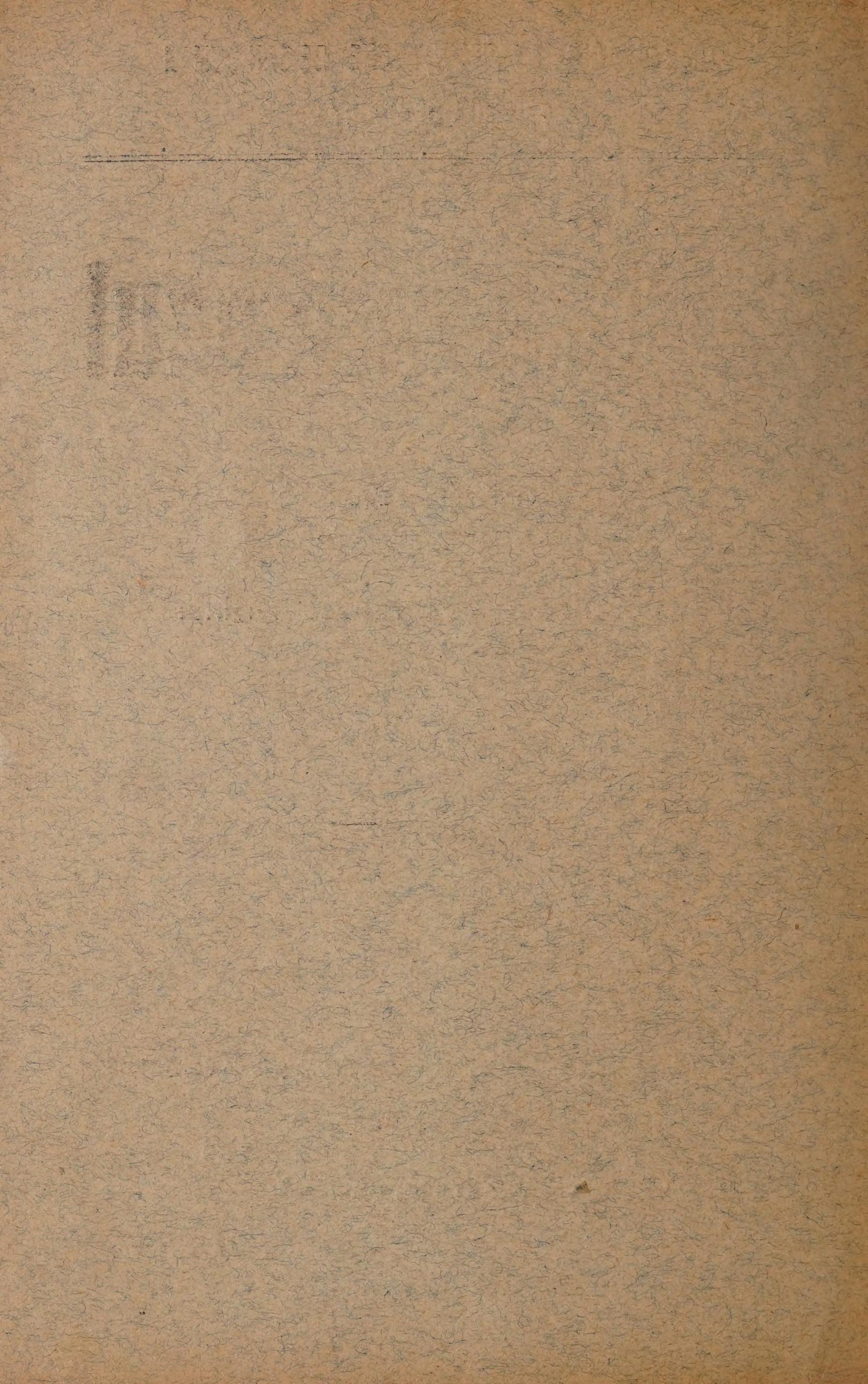
El diamante azul

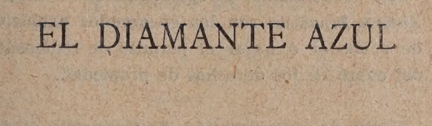
COMEDIA

en cuatro actos y en prosa, original

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1913





EL DIAMANTE AZUL

EL DIAMANTE AZUL

COMEDIA

en cuatro actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSE IGNACIO DE ALBERTI, MIGUEL DE SAN ROMAN
y RAMON DE GODOY

Estrenada en el TEATRO ÁLVAREZ QUINTERO la noche
del 27 de Noviembre de 1913

MADRID
E. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1913

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ALICIA GREEN (1).............	SRTA.	MORENO.
MARGOT......................		DELAGE.
ARMSTRONG..................	SR.	MATA.
KLEBER.......................		MASIP.
ENRIQUE SWIF (2)............		VICTORERO.
MORGAN......................		SÁEZ.
TRIPALDI.....................		MARTÍN VARA.
UN COMISARIO DE POLICÍA...		REYES.
EL GERENTE DEL HOTEL.....		MORILLAS.
EL MAITRE D'HOTEL.........		SEDÓ.
CRIADO 1.º...................		ORTEGA.
IDEM 2.º.....................		PÉREZ.
Dos agentes		

La acción en la Costa Azul.—Época actual

(1) Debe pronunciarse Grin.
(2) Idem id. Suif.



ACTO PRIMERO

Gabinete de lectura en el Hotel de París, en Niza.—Al fondo, á través de los cristales de la galería se ve el hall.—En el centro del gabinete, una gran mesa sobre la que hay esparcidos periódicos y revistas.—A derecha é izquierda, contra los muros, pupitres con recado de escribir.—Butacas, mecedoras, etc.—Todo ello lujoso y del mejor gusto.

ESCENA PRIMERA

MORGAN, MARGOT y varios huéspedes

Al levantarse el telón, en el primer término izquierda, Margot y Morgan, sentados en mecedoras, platican. En la mesa del centro, un huésped lee un diario; otros dos escriben sentados á los pupitres. Estos tres personajes abandonarán la escena uno después de otro, con pequeños intervalos

MARGOT — Usted se convencerá por sí mismo. De todas las estaciones de invierno, ninguna le llegará á agradar tanto como este rincón de la Riviera: Niza, Montecarlo, San Rafael... Yo conozco también el Egipto. Los ingleses, que han empleado sus capitales en aquella región, procuran enriquecerla por todos los medios. Son ellos, los que han puesto de moda la invernada en El Cairo, con las escursiones á las Pirámides; á Tebas, Memphis, Karnak... Realmente, esos monumentales

vestigios de la gran civilización egipcia son interesantísimos, pero la vida, en general, no es cómoda. Aquel viento continuo que arrastra las arenas de los desiertos; aquella sociedad, reducida al turismo... Los naturales del país tienen el interés de su abigarramiento... la nota de color; pero son para vistos una vez. No hay más vida de confort á la europea que la de los Hoteles. Aquí, en cambio, dentro y fuera de ellos, todo es delicioso. Esto no quiere decir, que si un caballero americano, ruso ó japonés, me invitara á recorrer en su yatch el Mediterráneo, el Atlántico ó los mares del Norte, dejara de aceptar...

MORGAN ¡Es lástima no tener un yatch!

MARGOT No lo decía para que usted me hiciera el ofrecimiento, señor Morgan...

MORGAN Es que yo se lo ofrecería con gusto... ¿Y hace mucho años que pasa usted los inviernos en Niza?

MARGOT (Suspirando.) ¡Muchos!...

MORGAN ¿Por qué suspira usted?

MARGOT ¡Por eso... porque son muchos! Era una niña cuando vine la primera vez. Conozco á toda la colonia... Aunque no sea más que por unos días, el que ha venido una vez á Niza, vuelve siempre. Usted hace ahora su primer invernada; estoy segura de que el año que viene, nos volveremos á encontrar aquí.

MORGAN Es probable... Retirado de los negocios, he venido á Europa y me propongo terminar mi vida de la manera más agradable... Las relaciones, las amistades contribuirán á ello. Por el momento, no conozco á nadie.

MARGOT ¿A nadie?...

MORGAN Sí. Á usted que tiene la amabilidad de hacerme compañía y á un señor que vive en Villafranca. Un tal Kleber...

MARGOT ¡Kleber!... ¡El prestamista!...

MORGAN (Con extrañeza.) ¿El señor Kleber es prestamista?...

MARGOT Ese es su verdadero aspecto, aunque lo encubra con la profesión de joyero. ¿Le conoció usted en América? ¡Es un hombre que viaja tanto!...

MORGAN — Le he conocido aquí. Una verdadera casualidad. Hace pocos días, vi su coche parado á la puerta del casino y quise comprárselo. Con este motivo comenzaron nuestras relaciones ¿Y dice usted que ha sido joyero?

MARGOT — Traficante en joyas... Yo nunca tuve tratos con él, pero conozco por mis amigas el género de su negocio. Es un comerciante de ocasión que explotó, en los demás, los azares del juego. Kleber facilitaba joyas á las mujeres más elegantes de la *saison*, y estas se las hacían regalar por sus amantes. Algunas de las espléndidas alhajas que lucen las cocottes más hermosas de Niza, son suyas. Es un hombre al que se puede encontrar en todos los lugares á la moda; los inviernos aquí, los veranos en Baden, en Trouville, en Ostende... Lleva una vida regalada y cómoda, siempre entre mujeres distinguidas. Durante algunos años, le dejé de ver, luego he vuelto á encontrarle aquí, perfectamente instalado en su villa. En otro tiempo le acompañaba una mujer extraordinaria: Victoria Lancret; su aliada, su mejor escaparate.

MORGAN — ¡Victoria Lancret!

MARGOT — ¿Usted la conoció?

MORGAN — No, pero su nombre trae á mi memoria un extraño suceso que impresionó profundamente á toda la sociedad americana. La desaparición de Roberto Green.

MARGOT — Lo recuerdo.

MORGAN — Era un joven de veintitrés años, de la mejor sociedad neoyorquina: guapo, elegante, y heredero de una enorme fortuna. Un hombre nacido para triunfar y muerto en plena juventud, seguramente, víctima de alguna intriga ó de alguna asechanza...

MARGOT — Se dijo que Roberto se había enamorado locamente de Victoria...

MORGAN — En efecto, pero nada pudo averiguarse de su desaparición.

MARGOT — Que coincidió con la de Victoria. De ella oí decir que abandonada por Kleber murió en un hospital... Nada de eso es extraño... Si un día llegaran á conocerse todos los sucesos todas las tragedias ocultas, acaecidas en este

pequeño recinto, es esta ciudad bulliciosa y alegre que vive al aire libre, bajo un cielo tan claro, á cuya luz parece que ningún misterio puede ocultarse!... Pero el hecho se repite con harta frecuencia: el viajero desconocido que gana una fortuna en una noche, que sale del casino para dirigirse al Hotel, y que antes de llegar desaparece...

MORGAN Es extraño...

MARGOT No lo crea usted. Vivimos en una ciudad de placer, donde ninguno nos conocemos ni á nadie se le pregunta de donde viene ni á donde va. Por la apariencia, es imposible distinguir al millonario del ratero que le viene siguiendo.

MORGAN Sí, pero...

MARGOT ¿Se va usted á referir á las autoridades? La policía conoce perfectamente estos hechos y los evita en lo posible; pero una vez realizados, ella es la primera interesada en que el suceso quede en el misterio. No le conviene á la vida de la población. Si el turista no considerara suficientemente garantida su seguridad, no vendría aquí.

MORGAN Tiene usted razón. (Pausa.) ¿Va usted esta noche al casino?

MARGOT No. Voy á la ópera. Aquí veo llegar á su sobrina. Le dejo á usted con ella. Hasta mañana...

MORGAN ¡Hasta mañana!

(Vase Margot por el fondo en el momento que entra Alicia.)

ESCENA II

MORGAN y ALICIA

ALICIA (Acercándose á Morgan.) ¿Ha logrado usted averiguar algo?

MORGAN Nada nuevo. Margot ha confirmado las noticias que ya teníamos, pero nada más. Me parece, querida Alicia, que no vamos á conseguir nada. Lo más prudente sería resignarnos en nuestra desgracia y que renunciaras á tus propósitos.

ALICIA ¡Nunca!... No renunciaré por nada ni por nadie. Aunque haya de costarme la vida. Tardaré un año, dos... el tiempo necesario —eso depende de la suerte—pero no desistiré jamás... Es extraño que usted no sienta los mismos estímulos que yo y que no procure ayudarme con todas sus fuerzas. ¡Pobre Roberto!...

MORGAN ¡Pobre, sí!... No podrás dudar de la pena que me causó su desaparición... su muerte indudable. Pero, ¿cómo podemos remediarla?... La venganza no me consolará en nada.

ALICIA A mí sí. He jurado vengar á mi hermano, y lo conseguiré.

MORGAN ¿Cómo?...

ALICIA Desenmascarando á ese hombre.

MORGAN No es fácil que podamos lograr ahora lo que no pudo conseguirse á raíz del suceso. El mismo Willam, que con tanto afán nos ayudó en los primeros momentos, tuvo que desistir.

ALICIÁ Willam fué un ingrato. Era el mejor amigo de Roberto. Había prometido vengarle y desapareció, sin dar siquiera una disculpa. Su cobardía dejó en mi alma una huella casi tan profunda como la muerte de mi hermano. Pero no importa; han vuelto á renacer en mí los impulsos y no desistiré aunque esté sola. Fingiendo, engañando, con maldad si hace falta, lograré mi propósito. Además, no estoy tan sola como he dicho,

MORGAN ¿Has hablado algo á ese joven?

ALICIA Enrique, está enamorado y hará cuanto le pida.

MORGAN Es una imprudencia confiarte á él. No le conoces lo bastante, no sabes quien es... Además, ¿cómo piensas utilizarle?... ¿A dónde vas á conducirle?

ALICIA No lo sé. A donde me convenga. Es la hora en que Kleber acostumbra á estar en la terraza. Hágase usted el encontradizo, mientras yo voy á buscar á Enrique.

MORGAN Vamos... (Vanse ambos por el fondo.)

ESCENA III

ARMSTRONG, después el GERENTE y otro CRIADO. Al final ALICIA y ENRIQUE

Armstrong, entra por la izquierda. Es un tipo verdaderamente extravagante en su indumentaria, en sus modales y en sus gestos. Se le ve siempre con el mismo traje; una corbata extraordinaria y unos gemelos en bandolera. Su cabeza se adorna con una melena sui géneris y una barba crecida. La edad es indefinible: puede tener de treinta a cincuenta años Al entrar, se dirige rápidamente á la mesa del centro donde, primero con lentitud y después atropelladamente, revuelve todos los periódicos, dando muestras de contrariedad.—Va á uno de los pupitres, toca un timbre y de pie, en el centro de la escena, aguarda la llegada de un Criado

ARM. (Al Criado que aparece por el fondo.) ¿*The Excentric Collectionist?*..

CRIA. 1.º ¿Cómo dice el señor?...

ARM. ¿No me ha oído usted? Pregunto por el número llegado hoy de *El Coleccionista Excéntrico.*

CRIA. 1.º Perdone el señor; pero no sé qué es lo que pide el señor...

ARM. ¿Que no sabe usted lo que le pido?

CRIA. 1.º (Muy turbado y respetuosamente,) El señor me ha de dispensar; pero no acierto á comprender qué es lo que desea.

ARM. Lo que deseo es el último número de la revista *The Excentric Collectionist.*

CRIA. 1.º ¡Ah! ¿un periódico?

ARM. (Indignado.) Pues, ¿qué es lo que usted creía que yo buscaba en esta mesa?

CRIA. 1.º El señor ha de perdonarme nuevamente; pero es la primera vez que oigo nombrar ese diario, en quince años que sirvo en el Hotel. Ningún viajero lo ha reclamado hasta hoy.

ARM. Es natural. Porque hasta ahora no existía. Pero desde el momento en que existe, usted tiene el deber de tenerlo aquí, á disposición de los viajeros. ¿O es que me va usted á obligar á la fuerza á que yo lea *Le Matin* to-

das las mañanas?... ¿O á que me vuelva loco buscando una noticia en estos desdichados periódicos ingleses? (Al decir esto, coge un número del «The Thimes» y lo zarandea violentamente.) Es verdaderamente ridículo que en un gran hotel europeo no se conozca *El Coleccionista Excéntrico*... Indudablemente, me he equivocado. (Al Criado.) Este es un hotel burgués, ¿no?... ¿estúpidamente burgués?...

CRIA. 1.º Señor...

ARM. (Decidido.) Diga usted que bajen mis maletas inmediatamente y que avisen un coche.

CRIA. 1.º ¿Se marcha el señor?

ARM. No tengo que darle explicaciones. Obedezca y no me replique.

(El Criado sale, Armstrong, se pasea mientras acuden el Gerente y el Maitre d'hotel y dos mozos.)

GER. (Entrando seguido de los otros y dirigiéndose á Amstrong.) Señor... El Criado acaba de decirme que pretende usted marcharse del hotel.

ARM. Ahora mismo. Yo creía encontrarme en un gran hotel europeo, montado á la americana...

GER. (Aterrado.) No comprendo qué quejas pueda tener el señor...

ARM. ¡Ah, es que si usted las comprendiera, también usted se quejaría y se marcharía á la calle, como yo me marcho ahora mismo!

GER. Si el señor no está satisfecho de la instalación, de los menús...

ARM. (Fuera de sí.) Pero, ¿quién le ha hablado á usted de los menús?... Además, yo no tengo que darle explicaciones. Yo me voy á la calle porque me da la gana. No creo que usted tenga derecho á impedírmelo, ni á molestarme. ¿No me oye usted que me está molestando?... Y estos señores, ¿qué diablos hacen aquí?... Vamos, déjenme tranquilo. (Vanse muy mohinos el Maitre d'hotel y los dos mozos y, cuando el Gerente va á salir tras ellos, Armstrong le detiene.) ¡Chist!... ¡Oiga usted!...

GER. (Deteniéndose y aproximándose á Armstrong.) ¿Me llamaba el señor?...

ARM. (Llevándole aparte y con tono reservado y confidencial.) Oiga usted. A las seis, vendrá un hombre preguntando por mí... ¿Hay algún me-

dio de introducirle aquí sin que pase por el Hall?

GER. Sí, señor.

ARM. ¿Usted me promete que ese señor podrá venir y hablar conmigo sin que nadie le vea?

GER. Tanto como eso... El hotel es muy grande: hay mucha gente...

ARM. Me refiero á los viajeros... Se trata de un conocido anticuario... podrían abordarle, y si me traía algo interesante birlármelo sin que yo lo pudiera evitar...

GER. Comprendo...

ARM. Claro, que lo más seguro sería recibirlo en mi cuarto, pero entonces me vería obligado á enseñarle mis últimas adquisiciones... y no quiero.

GER. Podemos hacerle esperar...

ARM. ¡Eso es!... Pero en un lugar apartado, oculto á las miradas indiscretas... ¿comprende usted?

GER. Sí, sí, señor... Descuide el señor, nadie le verá.

ARM. ¿Hasta que yo avise?...

GER. Hasta que el señor avise no será introducido aquí.

ARM. (Tendiéndole la mano al Gerente y estrechando la de éste con tal fuerza que le hace lanzar un grito.) ¡Perfectísimamente!...

(Vase el Gerente sacudiendo la mano dolorida. Mientras, Armstrong, queda un momento de espaldas, viéndole marchar. Luego, gira sobre los talones, saca del bolsillo la pipa y la bolsa del tabaco y silbando un «cake wall», viene pausadamente al primer término y se deja caer en una mecedora.)

ESCENA IV

ARMSTRONG, ALICIA y ENRIQUE

Alicia y Enrique vienen por el fondo

ALICIA (Reparando en Armstrong.) ¿Quién es?... ¡Ah... es Armstrong!... Ese tipo tan delicioso que hizo con nosotros la travesía...

ENR. Sí... ya me ha hablado usted de él.

ALICIA (Llamándole.) ¡Armstrong!

ARM. (Viendo á Alicia y yendo de un salto á su encuentro.) ¡Miss Alicia!... (Ella le tiende la mano que él estrecha con tal fuerza que la hace lanzar un pequeño grito.)

ALICIA (Al sentir la presión de la mano de Armstrong.) ¡Ay!

ARM. ¿La he hecho á usted daño? ¡Perdón!... ¡Qué lástima!... ¡Qué lástima!... (Al decir esto le estrecha más fuertemente la mano entre las dos suyas.)

ALICIA (Despues de lograr á duras penas soltar su mano presa entre las de él.) Es una sorpresa encontrarle á usted aquí...

ARM. Muy agradable. Yo temí haberles perdido la pista... Por fortuna hemos vuelto á encontrarnos... ¿Y su señor tío?

ALICIA En la terraza está. Luego le saludará á usted.

ARM. (Por Enrique.) ¿Y este joven? ¿Quién es este joven?

ALICIA Un amigo mío... Voy á tener el gusto de hacer la presentación... Mister Enrique Swif. Mister Armstrong..

(Ellos se saludan. Enrique se separa algo molesto por la franqueza desenvuelta del inglés.)

ARM. (A Alicia por Enrique.) ¿Quién es?... ¿Hace mucho que le conoce?

ALICIA Mes y medio.

ARM. ¿Es su novio?

ALICIA No...

ARM. ¿De veras?

ALICIA De veras. Es un amigo, un buen amigo.

ARM. No.

ALICIA ¿Cómo que no?

ARM. No, Alicia. Usted no tiene más amigo que yo.

ALICIA (Riendo.) ¡Ay, qué gracia!

ARM. (En una transición frecuente en el tipo.) Estoy verdaderamente apenado, Alicia...

ALICIA ¿Qué le pasa á usted?

ARM. Figúrese... figúrense ustedes, (Dirigiéndose á Enrique que se acerca.) que en este hotel no se recibe el «Coleccionista Excéntrico».

ALICIA (Siguiéndole el humor.) ¡Ah, no! .. ¡Es posible!...

ARM. Como usted lo oye.

ALICIA ¡Es incomprensible!... ¿No le parece á usted, Enrique?

ENR. Sí, sí, imperdonable.

ARM. Yo tengo que enviar crónicas semanales á mi periódico. He venido á Europa sin otro objeto que examinar las colecciones más notables He visto en Inglaterra algunas extraordinariamente curiosas, verdaderamente extravagantes. Una lady conserva, en un precioso pomo, una lágrima del gran Paderewski.

ALICIA Es extraordinario.

ARM. Las colecciones verdaderamente interesantes no son las de objetos preciosos, sino las de ejemplares raros. La extravagancia es la que da verdadero mérito á la vitrina de un coleccionista. Esta es mi tesis y la que defiendo en mi periódico. Una joya de gran valor puede poseerla cualquiera que tenga dinero para adquirirla; pero la pipa que fumaba Moltke en el instante de notificársele la rendición de Sedán, esa es única en el planeta. ¡Y esa la tengo yo! (Transición.) Con permiso de ustedes voy á mi cuarto á hacerme la *toilette*. (Vase rápidamente por la izquierda después de saludar con gran ceremonia.)

ESCENA V

ALICIA y ENRIQUE

ALICIA ¿Ha visto usted qué tipo?

ENR. ¡Ya, ya!... Debe de estar loco...

ALICIA De remate...

ENR. ¡Qué modo de vestir! Menos mal que ha dicho que iba á arreglarse...

ALICIA Es que usted no sabe á lo que él llama arreglarse. Jamás cambia de traje. En el buque el capitán se vió precisado á llamarle la atención, pues mientras todos los pasajeros, según costumbre, bajaban al comedor de frac, él iba siempre con este mismo traje con que usted acaba de verlo. ¿Y sabe usted lo que le contestó al capitán? Que él vestía como le daba la gana y que afortunadamente no pertenecía á ningún regimiento para que le obligaran á ir uniformado. Es un tipo

divertidísimo. Durante la travesía ha hecho mil extravagancias.

ENR. ¿Entre ellas hacerle á usted la corte?

ALICIA No, por cierto. Ha estado muy deferente conmigo, pero nada más. No es tipo para enamorar, sino para divertir. Gracias á sus ocurrencias y extravagancias ha sido para mí menos penoso este viaje, que comencé bien contristada é inquieta.

ENR. Y al parecer aun no ha desechado usted de su alma ni la tristeza, ni la inquietud.

ALICIA Es verdad...

ENR. Y esa misma expresión dolorida de su semblante aumenta el atractivo que tiene usted para mí desde nuestra primer entrevista. Si no fuera indiscreción, por mi parte, ¡agradecería á usted tanto que me confiase sus penas!

ALICIA No es ningún secreto. Yo tenía un hermano á quien quería más que á mi propia vida. Ese hermano mío desapareció misteriosamente. Aquí, en Niza, se enamoró de una mujer que sin duda le condujo á la muerte. Se dijo que se había suicidado, pero sin que se pudiera comprobar el hecho, ni se hallara el menor indicio. Yo he creído siempre que mi hermano fué asesinado.

ENR. Es horrible... ¿Y no ha logrado usted averiguar nada?

ALICIA Nada. Sólo tengo el presentimiento de que mi hermano fué víctima de una pasión que pagó con su vida. Desde entonces no hay alegría para mí. ¿Se explica usted ahora mis largos ratos de meditación, mi tristeza, mi falta de cordialidad?

ENR. ¡Oh, sí, me lo explico y la disculpo, Alicia! Pero quisiera que mi amor fuera tan poderoso que lograse desterrar de usted esos pensamientos sombríos.

ALICIA Para eso sería necesaria una cosa.

ENR. ¿Cuál?

ALICIA Que yo creyera en su amor.

ENR. ¡No cree usted en nada!..

ALICIA Harta desgracia es... ¡Felices los que creen! Pero, aunque efectivamente haya logrado interesarle, ¿cuánto tiempo cree usted que

duraría su amor si yo le correspondiera con el mío?

ENR. ¡Toda la vida! ¡Juro á usted quererla toda la vida!

ALICIA ¡Toda la vida!... Me querría usted un año... dos... Después vendría el hastío ó la indiferencia.

ENR. ¿Ha tenido usted algún desengaño? Solo así se comprende ese pesimismo en plena juventud y belleza.

ALICIA También ahora ha acertado usted.

ENR. ¿Y si yo le dijese que estoy seguro de salir victorioso si usted me sometiera á una prueba?

ALICIA ¿De veras?

ENR. Sí, Alicia.

ALICIA Antes de decidirme á querer á un hombre he de tener la seguridad absoluta de que por mi amor estaría dispuesto á todo, sin rehusar el mayor sacrificio. Su voluntad había de quedar completamente absorbida por la mía; al servicio de mi deseo ó de mi capricho.

ENR. Entonces, lo que usted quiere es un esclavo...

ALICIA Un esclavo que me obedezca ciegamente y que me sirva sin reflexionar... ¿Es demasiado, verdad? No hay amor tan humilde que acepte semejante sumisión.

ENR. Se equivoca usted. Lo acepto todo. Seré lo que usted haga de mí. ¿Un esclavo? Pues un esclavo.

ALICIA No, Enrique... Soy una loca. Huya de mí. ¡Quién sabe si mi amor le sería funesto!

ENR. (Cogiéndola las manos.) ¡Qué me importa!... Será de usted mi voluntad, como ya lo es mi alma... Si sus ojos me miran con amor, ¡qué me importa perder la libertad! Alicia, Alicia...

ALICIA (Desprendiéndose de él y con un tono menos frío.) ¡Basta!... Acabaría usted por convencerme.

ENR. ¿No me cree usted?

ALICIA Acepto su esclavitud y... ya veremos.

ENR. ¿Qué debo hacer?

ALICIA No lo sé... Cuando la ocasion se presente veré si su amor es tan verdadero. (Le tiende

la mano que Enrique estrecha entre las suyas. Por el fondo llegan Morgan y Kleber. Los jóvenes se separan.)

ESCENA VI

DICHOS, MORGAN y KLEBER

MORGAN Alicia, el señor Kleber viene á saludarte.

ALICIA (Yendo á su encuentro.) Señor Kleber...

KLEBER (Dándole la mano.) Su tío me dijo que estaba usted aquí... Tomaremos el té juntos, si es usted tan amable, que me acepta en su compañía...

ALICIA Con mucho gusto... Nos acompañará también este joven que voy á tomarme la libertad de presentarle. (Presentándoles.) Enrique Swif... El señor Kleber... (Ellos cambian un saludo. Enrique pasa luego al lado de Alicia.)

MORGAN (Confidencialmente á Kleber, por Enrique.) Es uno de los admiradores de mi sobrina...

KLEBER ¿El preferido?

MORGAN ¡Quizá!...

ALICIA ¿Vamos á tomar el té?

KLEBER Aguardemos un rato. La orquesta nos avisará.

ALICIA ¿Le gusta á usted la música?

KLEBER Bastante... Algunas noches, cuando el viento es favorable, oigo desde la terraza de mi villa la orquesta del Casino.

ALICIA Según mis noticias, su villa es preciosa, y una de las mejor situadas.

KLEBER Realmente, tiene el encanto de ofrecer una admirable perspectiva. Desde mi terraza se domina una extensión inacabable de este tranquilo mar azul.

ALICIA Además, creo que posee usted en sus salones una porción de preciosidades.

KLEBER Soy un antiguo aficionado á objetos bellos y curiosos; y en ellos he empleado una considerable parte de mi fortuna.

ALICIA Yo también soy aficionada á objetos preciosos; sobre todo, á las joyas.

KLEBER Ya lo he notado. En los pocos días de su estancia aquí, le he visto algunas verdade-

ramente regias. Esa misma que lleva usted hoy.

ALICIA Sí. Esta es una alhaja bonita y á la que yo tengo gran cariño.

KLEBER Algo poseo yo en mis colecciones realmente admirable.

ALICIA ¿Ah, sí?

KLEBER Un diamante extraordinario: un diamante azul. Es el orgullo de mi colección: limpio, claro, traslucido; de una tonalidad semejante á la de este cielo. Sin una falta en la luz, ni en el pulimento: algo irreal.

(La orquesta ha reanudado su música. Hacia el hall se ven pasar algunas damas elegantes y varios caballeros.)

ALICIA Estoy verdaderamente encantada de oirle; y si no temiese abusar de su amabilidad...

KLEBER Me pediría usted que le enseñara esa joya. No tengo inconveniente.

MORGAN ¿Quiere usted recibir mañana nuestra visita?

KLEBER ¿Mañana? Y ¿por qué aguardar á mañana? No me perdonaría nunca haber retardado el momento de satisfacer á usted una curiosidad tan explicable. Vengan ustedes á mi villa. Tengo el auto á la puerta.

ENR. ¿Ahora?

KLEBER ¿Por qué no?... Vamos. Ibamos á tomar el té; en vez de tomarlo en el hall lo tomaremos en mi villa. Nos tendremos que conformar con la falta de orquesta; pero la perspectiva del Mediterráneo que se descubre desde mi terraza bien vale una sinfonía.

ESCENA VII

DICHOS; ARMSTRONG

Cuando ya se disponen á salir los cuatro, aparece Armstrong por la galería y se dirige muy decidido á saludar á Morgan

ARM. (Entrando y saludando á Morgan con gran cordialidad.) ¡Mister Morgan!... Tanto gusto... Pero, ¡cómo!... ¿Es que se marchan ustedes ya?... ¡No es posible!... Sería un verdadero disparate ahora; cuando esto comienza á estar

más animado... Conque no hagan ustedes esa tontería y vamos al hall á tomar el té...

MORGAN Perdone usted... Nos vamos, porque hoy nos ha invitado el señor Kleber á tomarlo en su casa...

ARM. ¡Ah!... ¿El señor Kleber?...

MORGAN (Presentándolos.) Sí; el señor Kleber, á quien tengo el honor de presentarle... (A Kleber.) Mister Armstrong... (Ellos se saludan.)

ALICIA Harán ustedes muy buenas migas... (Por Armstrong.) Este señor es también un extraordinario coleccionista de cosas raras...

ARM. (Frotándose las manos.) ¡Perfectamente!... ¿De modo que se trata de ir á tomar el té á casa de este caballero?... (Por Kleber.) ¡Eso es otra cosa!... ¡Pues iremos allá!

KLEBER Tendré un placer en ello...

(Todos se disponen á salir.)

ARM. (Deteniéndolos en el instante en que ya van á salir.) ¡Ah!... ¡diablo!... ¡diablo!... Perdónenme ustedes... ¡se me olvidaba!... No tengo más remedio que despachar antes el correo... Ustedes serán tan amables que me permitan detenerme unos instantes... Mi auto marcha á más velocidad que el de ustedes y los alcanzará.

KLEBER No faltaba más.

ARM. Pues hasta muy pronto.

KLEBER Contamos con usted.

(Vanse todos por el fondo menos Armstrong.)

ESCENA VIII

ARMSTRONG, el GERENTE, luego TRIPALDI

Armstrong, después de asegurarse de que han salido, toca un timbre

GER. (Entrando por la izquierda.) ¿Ha llamado el señor?

ARM. Sí... ¿Ha venido la persona que le indiqué?

GER. Sí, señor... Todo se ha hecho como el señor deseaba y está esperando...

ARM. Muchas gracias... Hágale usted pasar. (Vase el Gerente.)

GER. A instante... (Vase.)

ARM. (Saliendo al encuentro de Tripaldi que á poco aparece por la izquierda.) ¡Adelante!... adelante!... no tiene usted nada que temer...

TRIP. Ya lo sé. Los he visto salir.

ARM. (Abandonando su tono extravagante y hablando con naturalidad.) ¿De modo que recibió usted mi carta?

TRIP. Sí.

ARM. ¿Y está usted dispuesto?

TRIP. Cnando he venido..

ARM. ¿A todo?

TRIP. A todo.

ARM. ¿Cuándo podemos ver á esa persona?

TRIP. Esta misma noche.

ARM. (Frotándose las manos.) ¡Perfectísimamente!... ¿Y qué tiempo podremos tardar?

TRIP. Depende de la velocidad...

ARM. A cien por hora, ¿podremos estar de vuelta antes de las dos?

TRIP. Nos sobra tiempo.

ARM. Pero... vamos á cuentas. ¿Usted ha hablado con ella...? ¿están de perfecto acuerdo?

TRIP. Naturalmente... Y no desea otra cosa mejor, siempre que...

ARM. Nada tienen ustedes que temer. Yo mantendré en todo mi palabra.

TRIP. No lo dudo. Ahora que.. sería conveniente... Hay que hacer ciertos preparativos..

ARM. Comprendo... (Sacando la cartera y entregándole algunos billetes.) ¿Tiene usted bastante?

TRIP. (Cogiendo los billetes y guardándolos.) Por ahora, sí...

ARM. Entonces, á las nueve me aguardará usted, pero no aquí... (Consultando el reloj.) Aun me da tiempo de coger un tren... Recójame usted en Monte-Carlo.

TRIP. Perfectamente.

ARM. Y ahora, hasta luego... Entreténgase usted aquí unos instantes y luego vuelva á salir por donde entró... ¿estamos?...

TRIP. Descuide usted... (Vase Armstrong por el fondo. Después que le ha visto salir.) Pues señor: el negocio no va mal... ¡Si pudiera dar un golpe doble!... (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón en la villa de Kleber. Al fondo galería de cristales que da á la terraza, tras de la cual se divisa un dilatado horizonte de mar. Artística chimenea. En las paredes cuadros y tapices. Muebles de distintas épocas, todos con apariencias de gran valor. Poltronas y sillas. Una mesa volante en el centro. A la derecha una vitrina, dentro de la cual, entre otros objetos preciosos, está el diamante azul. Enfrente, un «secretaire».

ESCENA PRIMERA

ALICIA, KLEBER, MORGAN y ENRIQUE, al lado de la vitrina, espléndidamente iluminada por lámparas eléctricas. ARMSTRONG, más retirado, curioseando los muebles. KLEBER enseña á sus invitados los curiosos objetos encerrados en la vitrina

KLEBER — Ese es un amuleto egipcio que adquirí en el Cairo: tiene un gran valor arqueológico. (A Alicia, que la examina.) ¿Le gusta á usted esa miniatura? Es de Fragonard. ¿Y esta cajita de oro estilo Luis XV?... Es preciosa. Vea usted... Está firmada por Hamelin...

ALICIA — Es realmente admirable... Mire usted, Armstrong.

ARM. — (Que en este momento examina el mueble que hay frente á la vitrina, dice, sin volver la cabeza.) No será auténtica...

KLEBER — ¿Y esta estatuita del siglo XVIII? Una bacante dormida... ¿Tampoco quiere usted verla?

ARM. Ahora voy... Me interesa más esta madera. (*Mientras en el grupo formado junto á la vitrina, todo, examinan la estatua, Armstrong, de perfil al público, ha sacado del bolsillo del chaleco un trozo de cera y lo oprime en la cerradura del «secretaire». Luego se vuelve y se reune al grupo, tomando de manos de Alicia la estatuita.*) ¡Pchs!... No es fea... Pero para mí, no tiene más valor que el de un muñeco de china, un nadador de esos que se regalan á los chicos para que jueguen en la bañera.

KLEBER Señor mío, tiene usted la obsesión de desacreditarlo todo. Llegaré á creer que son rivalidades de coleccionista.

ARM. ¡Oh, no! Yo no doy el menor valor á estas colecciones. Estas vitrinas me hacen el efecto de escaparates de casas de préstamos. Cada objeto tiene su valor verdadero, efectivo; generalmente, mayor que la cantidad que se pagó por él. ¿Cree usted que eso es coleccionar?... Eso es emplear el dinero. Tanto me da ver en esa vitrina el diamante azul, como las acciones de cualquier fábrica. El verdadero coleccionista es el que gasta su dinero en una cosa completamente inútil; que no tiene el menor valor intrínseco: que sólo tiene una estimación personal, un valor artístico, espiritual, que le concede el que la posee.

KLEBER Es una teoría extraordinaria.

ENR. Y muy original. Casi me inclino á creer en ella.

ALICIA Todas las ideas de mister Armstrong son originales. (*Mientras los demás siguen examinando los objetos de la vitrina, Armstrong, les vuelve la espalda y se pone á contemplar fijamente un cuadro colgado en la pared de la izquierda. Luego va á buscar una silla, la más lujosa de todas, y se sube sobre ella para examinar más de cerca el cuadro.*)

MORGAN Posee usted un verdadero museo, señor Kleber.

KLEBER No tanto... En esta vitrina es donde he reunido lo más valioso de mis colecciones.

ALICIA Creo que no tiene usted nada más valioso que el diamante...

KLEBER Ya le dije á usted que era mi orgullo. ¡Es una maravilla!

ENR. ¡Qué admirable limpidez!

MORGAN ¡Qué coloración tan preciosa!

KLEBER Cuantos le conocen, me lo envidian. Sobre todo, las damas... ¡Luciría tan bien esta joya engarzada en un pendantif, que descansase sobre un hermoso busto...!

ALICIA Me explico la envidia, señor Kleber. Nunca había visto una joya tan soberbia. Y ya sabe usted que las joyas son mi debilidad... (Volviéndose y viendo á Armstrong subido en la silla.) Pero, hombre de Dios, ¿qué hace usted ahí?

KLEBER (Cayendo en la cuenta y un poco amostazado.) ¡Señor Armstrong!...

ALICIA ¡En una silla como esa...!

ARM. (Imperturbable, señalando el cuadro.) Este cuadro no es del Tiziano...

KLEBER ¿Qué dice usted?...

ARM. (A voces.) ¡Que no es del Tiziano! Sería preciso estar ciego para creer que esto es un Tiziano... ¡Si es un cuadro de escuela española!...

KLEBER Permita usted que le diga...

ARM. (Interrumpiéndole.) ¿Que es una imprudencia la que cometo?... ¿Por decir la verdad?... (Se baja de la silla y luego limpia el asiento con un enorme pañuelo de bolsillo.) No se ha manchado... Además, por siete francos se tapiza de nuevo.

KLEBER ¡Una silla del segundo Imperio!

ALICIA (Aparte á Kleber.) Ya le advertí á usted que es un ser extravagante... Está completamente chiflado.

MORGAN (El mismo juego.) Sí: en el hotel ya no le hace caso nadie. Le han tenido que dejar por imposible.

ARM. Yo creí que iba á ver cosas de mayor mérito... Todo lo que hay aquí se puede comprar en una prendería.

ALICIA (Con cierto deje burlón.) ¿El diamante también?

ARM. ¿El diamante?... Necesitaría verlo en la mano y examinarlo con una lupa, para convencerme de su autenticidad...

KLEBER Pues dispénseme que por el momento no pueda satisfacer su curiosidad. (Señalando al Criado que entra con el servicio del té.) Van á servirnos el té... (Se dirige á la vitrina y apaga las lám-

paras. Alicia le sigue y dirige al diamante una mirada codiciosa que no pasa inadvertida para Enrique. Todos se sientan á tomar el té. Armstrong se sirve taza tras taza y las va apurando de un sólo trago después de cargarlas de azúcar.)

MORGAN No nos habían engañado, señor Kleber, al hablarnos de sus hermosas colecciones.

KLEBER ¿A pesar de la opinión del señor Armstrong?

ALICIA (Con un gesto desdeñoso.) ¡Bah!...

ENR. Y el hotel es verdaderamente magnífico. Está usted regiamente instalado, señor Kleber.

ALICIA Efectivamente. Este hotel es admirable. Y sobre todo su encantadora situación. La perspectiva que desde aquí se descubre, no tiene precio.

KLEBER Pues hay otros tan bien situados como este. (A Morgan.) Quizá le convendría á usted adquirir alguno.

MORGAN Nuestra estancia en Europa, será probablemente muy breve. No pensamos, por eso, afincarnos aquí.

ALICIA Pues yo, por mi gusto, adquiriría un hotelito en Niza ó en Villafranca, para pasar en él los inviernos...

MORGAN ¡Oh!... Y si te empeñas mucho, acabarás por salirte con la tuya. Tus caprichos suelen costarme caros, sobrina...

ALICIA ¡Por Dios, tío; que el señor Kleber va á figurarse que soy una niña mimada y voluntariosa, y no quiero desmerecer en su concepto!...

KLEBER De ninguna manera. Una joven hermosa como usted, favorecida por la fortuna, puede muy bien permitirse el lujo de tener caprichos. Ya ven ustedes que tampoco á mí me salen baratos. ¿Qué es lo que les gusta á ustedes más?

ALICIA ¡Oh!... A mí, el diamante.

ENR. Y á mí...

MORGAN Pues yo prefiero el tronco de caballos cuya compra le propuse á usted el otro día.

ARM. Pues á mí, lo que más me gusta de su casa, es el té.

ALICIA (Burlona.) ¡Ya lo vamos notando!

ARM. Es delicioso. Este sí que puede que sea au-

téntico, legítimo de la China. En cuanto á lo demás... todo ello muy bonito, muy artístico, muy bien presentado... lo concedo; pero le falta una cualidad indispensable á toda buena colección: la rareza. Es mi tema: el gran mérito de estas cosas está en que sean únicas en el mundo ó extraordinarias hasta lo inverosímil.

ENR. ¿Posee usted muchas colecciones?

ARM. No, porque soy muy voluble y me cansan pronto. Entonces las destruyo y adquiero otras nuevas.

MORGAN ¿Y por qué no vende usted las que deseche?

ARM. Porque no quiero que nadie posea una cosa de la cual haya sido yo dueño. Y también para evitar profanaciones.

KLEBER Yo prefiero reunir objetos de arte ó de valor. Lo que no tiene alguna de estas dos cualidades, por antiguo ó celebrado que sea, no lo admito.

ENR. Y estando este hotel tan retirado, ¿no teme usted que una noche lo asalten?

KLEBER ¿Para robarme? Estoy tranquilo. En primer lugar, este es un país donde se puede vivir confiado, porque el gran número de gentes adineradas que aquí vienen, obliga á la policía á ejercer una incesante vigilancia. Y, por otra parte, aunque yo dejo todas las noches abiertos los ventanales de la galería, no crea usted que es fácil llegar aquí. Tengo tomadas mis precauciones, y estoy seguro de que si alguien intentara robarme, no pasaría del intento.

ALICIA Hace usted bien en vivir prevenido, porque, realmente, no faltarán codiciosos de sus preciosidades.

MORGAN Mi sobrina está verdaderamente encantada.

ALICIA Es verdad, tío... sobre todo, de una cosa.

KLEBER ¿Del diamante?

ALICIA Del diamante.

KLEBER Y yo también...

ALICIA Entonces... (Interrumpiéndose.)

KLEBER ¿Qué iba usted á decir?

ALICIA Nada...

KLEBER Hable usted.

ALICIA Iba á decir, que entonces, no estará usted dispuesto á venderlo.

KLEBER No...

ALICIA ¿A ningún precio?

KLEBER ¡A ningún precio!...

ALICIA (Con cierta coquetería.) ¿Ni á mí tampoco?

KLEBER Ya ve usted si tendré afán de conservarle cuando peco de descortés. Por nada del mundo me desprenderé de esa alhaja. Si alguna vez mi fortuna sufriera un grave quebranto, venderé, malbarataré, si es preciso, mi hotel, mis cuadros, mis colecciones, todo, pero no me desharé del diamante azul. ¡Qué quiere usted!... Es una manía...

ALICIA No insisto. Unicamente me permitiré hacerle una indicación. Y es que, por mucho que usted pidiera, creo que podríamos pagárselo. ¿Verdad, tío?

MORGAN (Como resignándose.) Sí, hija mía, sí...

KLEBER Siento muchísimo negarme á su deseo...

ARM. ¿Y sería indiscreto preguntar á usted, señor Kleber, cómo llegó á sus manos ese pedrusco?

KLEBER ¿Indiscreto? De ningún modo. Ese diamante procede de la India... Hace unos cuantos años, viajando yo por Egipto, se me ofreció la hipoteca de ciertos bienes pertenecientes al famoso exsultan de Turquía, Abdul-Hamid, arruinado en las luchas políticas. Llegada la época del vencimiento, el sultán fué decapitado; los herederos, huidos de Constantinopla, acudieron á mí, y mediante algún dinero más, me quedé en posesión de todos los bienes. Si hubiera tenido que pagar el diamante en su verdadero valor, no estaría en esa vitrina, porque tiene un precio fabuloso.

MORGAN Hizo usted un negocio magnífico.

KLEBER En apariencia, sí; pero realmente fué casi ruinoso, porque tuve que desprenderme de cantidades demasiado fuertes para el estado de mi fortuna. Eso sí; estaba decidido á entregar cuanto poseía, sólo por ser el dueño de esa joya, que desde el primer momento me cautivó.

ARM. ¿Y no teme usted nada?

KLEBER ¿Temer?... ¿Qué quiere usted decir?

ARM. Todas las piedras preciosas, y más si gozan de celebridad, tienen su leyenda. El horóscopo habla por ellas como por los astros y los signos del Zodiaco; influyen, evidentemente, en la suerte de las criaturas.

KLEBER ¡Ah!... ¿Usted cree en esas patrañas?

ARM. No son patrañas, señor mío. Quizá los antiguos adivinos, que tan risibles nos parecen ahora, estaban más en lo cierto que nuestros sabios de la actualidad, que todo lo fían á la experimentación y al análisis. Había en sus predicciones algo oculto, misterioso, sobrenatural... Hechos hay para comprobarlo. ¿No recuerda usted la historia de un diamante azul, que se dijo era aquel mismo, famoso, que perteneció al tesoro de los Borgias?

KLEBER No, no recuerdo...

ARM. Pues no deja de ser interesante. Esa joya, al pasar de unos á otros poseedores, llevaba consigo como una maldición, una terrible *jettatura*: cuantos fueron dueños del diamante, murieron violentamente por el puñal ó por el veneno. Y, ¡cosa extraña! la muerte iba siempre seguida de la desaparición de la joya.

KLEBER Esas son supersticiones...

ALICIA Siga usted, Armstrong. Me atrae todo lo maravilloso, por terrible que sea.

ARM. Hacía mucho tiempo que se había perdido el rastro de ese diamante... La historia le señala en manos de Madama de Maintenon, cuya buena estrella palidece desde el día que la aciaga joya aparece en su seno... Pasa á manos del financiero Fouquet, que, arruinado, muere en la Bastilla... Mas tarde, luce en la garganta de María Antonieta, que pronto cae segada por el filo de la guillotina... La princesa de Lamballe tuvo el capricho de poseerla, y á poco muere asesinada por el populacho jacobino... Pasan años; el diamante viene á manos de un lapidario inglés, al cual le es robado, sumiéndole en la miseria... La última vez que se señala la influencia nefasta de la misteriosa

piedra, es con la trágica muerte del príncipe Wladimiro. El magnate ruso había adquirido la albaja, de la que hace donación á su querida. Tres días después, la asesina y se suicida. A partir de este suceso, no vuelven á tenerse noticias de la existencia del diamante. Según mis investigaciones, la piedra fué vendida á un gran sacerdote del templo de Benares, que la adquirió en una suma fabulosa. Actualmente, pertenece al tesoro de Budha. Si alguna vez oye usted decir que la posee algún coleccionista, desconfíe usted. El diamante auténtico está en la pagoda, y quien pretendiera entrar allí, pagaría con la vida su audacia. Lo que existe, lo que podrá enseñarle á usted algún coleccionista caprichoso, es, ó una imitación ó el facsímile que de la joya auténtica hizo un lapidario de Amsterdam.

ALICIA (Tras una breve pausa.) Es curioso... ¡Muy curioso!... (Otro silencio, durante el cual, Alicia observa á Kleber, que se habrá turbado visiblemente y que hace esfuerzos por dominar sus impresiones.) ¿Verdad, señor Kleber?

KLEBER (Turbado y tratando de serenarse.) Sí... Novelas... (A Morgan.) Pero usted, Mister Morgan, querrá ver mis cuadras... Tengo otros caballos tan hermosos como los que vió usted la otra tarde. Será mejor que bajemos antes de que se haga más de noche...

MORGAN Como usted guste...

KLEBER (A Armstrong.) ¿Viene usted?

ARM. No... Ni los caballos ni los carruajes me inspiran interés... Voy casi siempre á pie. Unicamente en mi finca de Nueva-Méjico me hago conducir en litera; una litera auténtica: la misma en que fué conducida Madama du Barry desde la Hostería, en donde se conocieron, hasta el Trianón, donde la aguardaban los brazos del Rey Sol...

KLEBER Vamos, vamos, señor Morgan... (Vanse Kleber y Morgan. El primero, antes de salir mira á Armstrong con cierta inquietud, de la que éste finge no darse cuenta.)

ESCENA II

ALICIA, ARMSTRONG, ENRIQUE

Alicia se acerca á la galería, donde se queda como abstraída contemplando el horizonte. Enrique la sigue. Armstrong prepara otra pipa de su colección, y mientras hablan los jóvenes, examina atentamente la vitrina, la pared, el fondo, todo lo que le rodea. Por último, enciende y apaga rápidamente, y sin que los otros se den cuenta de ello, la luz de la vitrina

ENR. (Cariñosamente á Alicia.) Alicia... (Ella vuelve un momento la cabeza.) ¿Qué mira usted?

ALICIA El mar.

ENR. ¿Le gusta á usted viajar por él?

ALICIA Sí... Pero me gusta más contemplarle desde aquí... ¡Es tan hermoso!... ¡Felices los que mueren en alta mar!... Nadie tiene como ellos, una sepultura tan grande y tan bella.

ENR. Alicia, ¿por qué piensa usted esas cosas?... ¡Siempre las ideas sombrías!

ALICIA Al contrario. El mar me habla de paz y de quietud... La quietud que nunca termina. Y hay un arrullo eterno en sus olas, bajo el cielo azul que reflejan... Le parezco á usted algo rara, ¿verdad? Sin embargo, antes le hablé con toda intimidad y no debe parecerle cosa nueva lo que digo.

ENR. Es que ¡son tan distintas á las de usted las ideas que á mí me sugiere este horizonte que estamos contemplando!...

ALICIA ¿Cuáles son las suyas, Enrique?

ENR. Fantasías nada más... ¡pero tan hermosas!... Adivinar el encanto de una vida compartida con usted... Vivir juntos, unidos por un amor entrañable, en una villa como esta, frente al mar, arrullados por ese mismo rumor del agua que sólo le inspira á usted ideas de muerte..

ALICIA ¡Muy bonito!... ¡Muy poético!... Pero eso mismo me revela que no es su amor como yo le quiero.

ENR. ¿Por qué?

ALICIA Para quererme necesita usted horizontes dilatados, paisajes pintorescos, murmullo de olas, luz de luna... Todos los elementos del romanticismo y de la novela.. Ama usted el cuadro por el marco y no por el lienzo...

ENR. No, no quise decir eso... Es usted cruel. Para mi felicidad me basta usted sola, aunque fuera en una choza miserable, aislada en una soledad árida y yerta.

ALICIA ¡Risueño porvenir!

ENR. Entonces... ¿qué quiere usted? ¿Cómo desea que la hable?... No me atormente más, Alicia... Yo la quiero á usted con toda el alma...

ARM. (Que habrá dado por terminadas sus investigaciones, se acerca á ellos en aquel momento y dice:) ¡Es falso!...

ALICIA (Sorprendida.) ¿Cómo?

ENR. (Sorprendido y molestado.) ¿Qué dice usted? (Estas dos exclamaciones deben ser simultáneas.)

ARM. (Después de contemplarlos un momento como recreándose en su estupor.) Que es falso el diamante... Absolutamente falso. Si ustedes quieren tener un kilo de diamantes iguales á ese, les bastará con dirigir una postal á la casa Mindel, en Strasburgo: doce francos el kilo, y setenta y cinco céntimos por gastos de correo. ¡Es un... fondo de vaso!... (Sin esperar la réplica vase á la terraza, donde se detiene unos instantes á examinar la disposición de la cristalería y el balconaje, y luego desaparece hacia el jardín.)

ESCENA III

ALICIA y ENRIQUE

Hay una pausa mientras estos personajes miran alejarse á Armstrong; luego, Alicia, en tono más amable, se dirige á Enrique

ALICIA ¿Sabe usted una cosa, Enrique?

ENR. Diga usted.

ALICIA (Llevándole cerca de la vitrina.) Que me gusta mucho ese diamante...

ENR. (En tono de broma.) Pues ya ha oído usted á

Armstrong... ¿Quiere usted que escriba la postal?... (Pausa.)

ALICIA (Después de contemplarle fijamente y con gran intensidad en la voz y en la expresión.) ¡Enrique!

ENR. Alicia... ¿Qué quiere usted? ¿Por qué me habla usted así?

ALICIA La ocasión ha llegado... ¿Está usted dispuesto á todo, fíjese usted bien (Recalcando la frase.) *á todo*, por mí?

ENR. Ya lo sabe usted...

ALICIA Bueno... ¡Pues quiero que ese diamante me pertenezca!

ENR. (Asombrado.) ¿Qué dice usted?...

ALICIA Que quiero ese diamante... Capricho, obsesión, locura... Califíquelo usted como mejor le agrade... ¡Pero le quiero!

ENR. ¡Alicia... Alicia... usted está bromeando... quiere usted divertirse conmigo!...

ALICIA Hablo seriamente.

ENR. No es posible... Usted no puede pensar semejante cosa...

ALICIA Le digo á usted que sí... Me ha cautivado... Yo, que no sé amar á nadie, me he enamorado de esa joya... Será una locura... pero quiero el diamante.

ENR. Alicia... ¡por Dios!... reflexione usted...

ALICIA ¡Ah!... ¿Ve usted cómo cuando llega el momento, un momento decisivo en la vida, el ánimo flaquea y se rinde la voluntad? (Riendo.) ¿Y era usted el que por mí estaba dispuesto á todo?..

ENR. (Confuso.) A todo... No pude nunca figurarme que me pidiera usted un imposible...

ALICIA ¡Imposible!... ¡Bonita palabra para un enamorado!... ¿No dicen que el amor vence todos los obstáculos?

ENR. Pero, esa joya tiene un dueño; y ese dueño, ya lo ha oído usted, no quiere venderla..

ALICIA ¡Oh! Es que si quisiese, ¿hubiera yo tenido necesidad de recurrir á usted?

ENR. ¿Entonces...? (Pausa.)

ALICIA Entonces... no hay más que un medio de poseerla... (Después de una breve pausa.) Ya ha oído usted que las ventanas de la galería quedan abiertas durante la noche...

ENR. ¿Qué quiere usted decir?

ALICIA ¡Silencio!... Vuelven... (Encarándose con él y con acento que no admite réplica.) ¡El diamante azul ha de ser mío!...

(Llegan por la izquierda Morgan y Kleber y por el fondo Armstrong. Alicia sale á su encuentro. Enrique queda como anonadado.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior. A la izquierda una lámpara de gran pantalla, ilumina tibiamente un rincón de la escena, quedando el resto envuelto en las sombras. En el primer término el resplandor de la luna refleja sobre la balaustrada y en los vidrios de la galería. Al levantarse el telón Tripaldi está sentado próximo á la lámpara leyendo un album.

ESCENA PRIMERA

TRIPALDI; luego KLEBER

TRIP. (Tras un silencio, dejando el album sobre un velador.) ¡Bien se hace esperar! (Se levanta y va á una mesa donde hay cigarros, coge uno y lo enciende.) Si logro también sacar el dinero á éste he hecho el negocio completo. (Vuelve á sentarse y fuma. A poco vuelve á levantarse y sale al encuentro del señor Kleber, diciéndole con zumba.) Empezaba á alarmarme. Tardaba usted tanto que temí que le hubiera pasado algo.

KLEBER (Con sequedad.) No... nada. (Ambos se contemplan unos instantes. Luego Kleber pregunta con cierta violencia y rabia.) ¿Qué hay?

TRIP. (Con igual tono de zumba que la vez anterior.) Poca cosa por mi parte.

KLEBER Algo le habrá traído por aquí.

TRIP. Eso digo yo... y usted también, porque ya puede suponerse á lo que vengo.

KLEBER ¡No me supongo nada! Nuestros asuntos terminaron hace tiempo. Le liquidé á usted y

no puedo suponerme con qué razón y por qué derecho viene usted á molestarme á tales horas.

TRIP. Está bien, señor Kleber. Es verdad que nuestros asuntos terminaron hace tiempo; pero no olvide usted que aquellos asuntos fueron de tal naturaleza que ligaron para siempre á los individuos que tomaron parte en ellos.

KLEBER (Sonriendo fría y despreciativamente.) ¿Amenazas?

TRIP. De ninguna manera. No hay motivos para ello, porque yo espero que usted sea razonable. Todas las recriminaciones que yo pudiera hacerle, se las habrá usted hecho ya algunas veces á sí mismo. Además, ¿á mí qué me importa su vida? Lo único que me preocupa es que no tengo un céntimo mientras usted se chupa una vida regalada, llena de comodidades y de remilgos, como una vieja solterona. Hace usted bien. La misma vida le defiende. El ambiente está preparado, porque son muchos los que se encuentran como usted teniendo una vida tenebrosa que ocultar. Ellos son los primeros interesados en que no se remuevan los bajos fondos y en que no prosperen ciertas denuncias é indagaciones.

KLEBER Si ha de continuar de ese modo, llamaré al lacayo para que lo acompañe hasta la verja.

TRIP. ¿El lacayo? No haría eso el lacayo. Somos antiguos amigos. Trabajamos juntos (Haciendo el ademán corriente de hurtar.) y nos conocemos bien. Además, no hace falta. Sé muy bien el camino! Conozco todas las entradas y salidas de la casa ¡todas! Me marcharé inmediatamente. No deseo otra cosa. Pero antes, ya sabe usted. Necesito dinero. No se haga usted el remolón, que tengo prisa, señor... Maurel.

KLEBER (Lanzándose sobre Tripaldi, que con imperturbable serenidad lo detiene.) ¡Ah, canalla!

TRIP. (Fingiendo gran extrañeza.) ¿Se ofende usted porque le llamo por su nombre? ¡En nuestro oficio todos nos conocemos! Vamos, señor Maurel. Deme usted quinientos francos, que hoy más que nunca le conviene alejar-

me de Niza. Sé que han llegado ciertos viajeros.

KLEBER (Con ansiedad.) ¿Lo sabes?

TRIP. Lo sé todo, y ya le digo que le conviene alejarme de Niza. Deme usted el dinero, yo me marcho y aquí quedan ustedes para entenderse con ella. Y mucho ojo, porque hay alguien que no le quiere á usted bien. Ya ve que le hablo como amigo. (Tiende la mano aguardando que Kleber le dé dinero.)

KLEBER ¿Saldrás de Niza?

TRIP. Bendeciré el momento que pueda hacerlo. Nunca me ha ido tan mal como ahora. Esta moda de los detectives particulares ha venido á matarnos. Deme usted el dinero y dentro de dos horas zarparé para Villafranca y de allí á Nápoles y después á Alejandría. En el Cairo hay ahora más negocio que aquí. (Kleber saca una cartera y cuenta varios billetes que le entrega.) Gracias y buena suerte. (Coge el sombrero, guarda los billetes y sale rápidamente.) ¡Adiós! (Luego aparte exclama.) ¡Ahora, que el diablo te lleve! (Mutis por la primera izquierda.)

ESCENA II

KLEBER y ENRIQUE

Cuando Tripaldi sale, entra Enrique por la primera izquierda

KLEBRR ¿Has oído?

ENR. Sí. En adelante será preciso que procedamos con más prudencia. Ni aquí mismo en tu casa estamos seguros. Las paredes oyen; porque no hay duda de que alguno de nuestros criados previno á Tripaldi. De no ser así, ¿cómo hubiera podido ese majadero de Tripaldi averiguar la llegada de Alicia Green?

KLEBER No creo que debamos temer nada por su parte.

ENR. Si no le hubieras dado el dinero, quizás. Pero de todos modos llegaría tarde. Las cosas han marchado como suponíamos. Alicia me ha ordenado robar el diamante.

KLEBER — Entonces eres dueño de la situación.

ENR. — Por completo. Alicia se ha confiado absolutamente á mí. Esta mañana me descubrió su decidido propósito de venganza; esta tarde me ha ordenado robar el diamante; todas mis suposiciones se realizan; mis noticias eran exactas. La policía yankee enviada por la familia á raíz del suceso, descubrió toda la verdad de todo lo sucedido, pero sin hallar prueba alguna en que apoyar su acusación. Alicia pretende ahora una reconstitución de los hechos en la que ella se reserva el papel de Victoria Lacreen, asignando á un amante el de su hermano. Por eso me resolví á seguirla, á observarla, á ganar su su amistad, á hacerme el hombre de su confianza. Ella ha ofrecido que el que logre desenmascarar á los asesinos de Roberto Green, será el dueño de su corazón y de su fortuna; yo me he prestado á secundar sus planes, aparentando obedecer ciegamente.

KLEBER — ¿Y qué piensas hacer?

ENR. — Lo que hicimos siempre; el camino trillado es el más seguro. Simularemos haber sucedido esta noche lo que tantas otras. Yo he escalado la verja y he penetrado en tu casa con el propósito de robar el diamante. El mecanismo que le defiende me pone en tus manos y tú me sorprendes en el momento crítico, exigiéndome una indemnización so pena de entregarme á la policía. Yo mañana á primera hora, visito á Alicia; en una escena patética relato lo sucedido y expongo la situación á que me ha llevado su amor. Como no dispongo de la cantidad exigida, recurro á ella. Si es tan crédula que se deja conmover por mis palabras y me facilita el dinero, desaparezco y toda indagatoria sería inútil. Si por el contrario pretendiera ejercer alguna acción contra ti, yo lo niego todo. Ni te conozco, ni ha habido tal intento de robo, ni sé una palabra de cuanto ella diga.

KLEBER — Está bien urdido. Desde el comienzo procediste con una gran sagacidad. Tu colocación de camarero en el trasatlántico, para vigilarla: tu presencia en la colonia ameri-

cana de París: el medio de aproximarte á ella captándote, con una insinuación de amor, primero su amistad y luego su confianza. Has procedido como un personaje de novela á la moda, como uno de los más hábiles vividores de esta sociedad moderna, en la que el arte de un buen sastre, nos coloca á todos en el mismo nivel social. (Enrique muy satisfecho saca un cigarro de la pitillera, y ofrece otro á Kleber, encendiéndolos.) ¿Y ahora, qué nos queda que hacer?

ENR. Nada. Tú, descansar tranquilamente. Yo voy á buscar á Margot. Necesito aturdirme un poco esta noche, adquirir cierta palidez interesante y cierto aspecto, para estar mañana en situación. A primera hora vendré á buscarte. Si sucediera algo, me buscas en el cabaret de papá Michot.

KLEBER Perfectamente. Hasta mañana entonces.

ENR. Hasta mañana. (Medio mutis.)

KLEBER ¡Ah! Una pregunta. Quería habértela hecho y con el interés de la conversación se me olvidó. ¿Conoces á ese Armstrong?

ENR. Es un chiflado. Durante la travesía ha hecho mil disparates, ha sido el bufón del viaje. ¡Un extravagante! Hoy mismo apenas llegado al hotel, ha armado un escándalo que produjo la hilaridad de todos los huéspedes. ¡Un verdadero tipo! ¡Adiós!

(Vase Enrique acompañado de Kleber por el foro. Kleber regresa un poco después.)

ESCENA III

KLEBER; después un CRIADO

Kleber vuelve por el fondo, se aproxima al cajón de una mesa y toca un timbre. A poco aparece un Criado

KLEBER ¿Se han recogido todos?

CRIADO Sí.

KLEBER Cierra y acuéstate.

(Vase el Criado.)

ESCENA IV

KLEBER

(Kleber va al fondo y deja entreabiertos los cristales de la galería. Luego viene á la vitrina y se le ve maniobrar. Después, por resorte, se ilumina viva y súbitamente al tiempo que varios timbres esparcidos por diferentes habitaciones del anterior, repiquetean. Kleber deja de oprimir el resorte. La vitrina se apaga y los timbres cesan de oirse. Kleber oprime el botón de la lámpara y sale por primera derecha. La escena ha quedado completamente á obscuras. Hacia el fondo la luz de la luna brilla y refleja su luz en los mármoles de la terraza, penetrando al interior. Hay una pausa.)

ESCENA V

ARMSTRONG

(A poco por el fondo aparece su silueta que salta á la terraza y rápidamente gana la entrada del salón, donde se detiene. Durante unos instantes permanece inmóvil, colocado de perfil de modo que pueda observar la terraza y el interior de la sala. En la mano trae un revólver. Después de un momento, persuadido de que nadie le sigue, avanza sigilosamente hasta el centro de la escena. Llega al «secretaire», saca una llave y abre. Luego ayudado por una lámpara de bolsillo, busca hasta hallar un resorte. Abre el cajón secreto, saca unos papeles y los guarda cuidadosamente en el bolsillo. Hecho esto, vuelve á cerrar el cajón y se dirige á la vitrina. Se agacha y se le ve maniobrar debajo del mueble, hasta cortar los flexibles eléctricos. Inmediatamente saca un diamante, corta un cristal de la vitrina, enciende su lámpara y mira al anterior. Hecho esto apaga la luz; con el revólver en guardia se detiene un momento en el centro de la escena, escucha y vase al fondo, desapareciendo por la galería. Pasan unos instantes y suena un disparo en el jardín. Luego suenan dos disparos más, cayendo al suelo con gran estrépito algunos cristales de la galería. En la habitación próxima se oyen pasos precipitados y á poco aparece Kleber.)

ESCENA VI

KLEBER; después el CRIADO

KLEBER — ¿Qué es esto? (Entrando rápidamente. Va armado con un revólver y va á la llave de la luz que á pesar de sus esfuerzos no enciende. Mira por todos los rincones de la sala. Convencido de que no hay nadie, insiste de nuevo en dar la luz con ignal resultado negativo.) ¡Han llegado hasta aquí! (Se dirige á la vitrina.) ¡El cristal roto! ¡Robado! (Corre hacia el fondo y se asoma. Mientras él observa se oyen fuera unos golpes, y la voz de un Criado que llama.)

CRIADO — ¡Señor! ¡Señor! (Kleber vuelve al primer término y abre la puerta. El Criado aturdido entra exclamando) ¿Qué ha sucedido?

KLEBER — No lo sé. Aquí nada. Alguna pendencia fuera. Algunos marineros en la playa. Los disparos parecieron partir del jardín, pero no hay nadie. Me he asomado y no he visto á nadie. Indudablemente son marineros contrabandistas quizás.

CRIADO — ¿Quiere usted que bajemos?

KLEBER — ¿Para qué? ¿Quién nos mete á nosotros en asuntos ajenos? Puedes volver á acostarte. No ocurre nada.

(Vase el Criado. Kleber vuelve á cerrar la puerta é inmediatamente vuelve á la vitrina, ante la cual queda como abstraído. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La misma decoración. Es durante las primeras horas de la mañana.

ESCENA PRIMERA

KLEBER, ENRIQUE y después un CRIADO

Ambos personajes dan pruebas de una gran agitación, Enrique se pasea nervioso por la escena

KLEBER — Nada: no puedo sospechar nada, no puedo suponer nada. ¿Quién es el que ha penetrado aquí esta noche? ¿Con qué objeto? ¿Qué interés ha podido traerle hasta aquí para cortar los cristales de la vitrina y luego dejarlo todo intacto?

ENR. — Y es persona que conoce bien tu casa, que sabe todos los resortes. La precaución de cortar los flexibles lo demuestra.

KLEBER — Apenas te marchaste, como todas las noches, establecí los contactos, hice funcionar el mecanismo para convencerme de que jugaba perfectamente. Además no hubo tiempo. No habrían transcurrido quince minutos de tu marcha. Aun no me había acostado. Todo ello prueba un perfecto conocimiento del terreno, una seguridad, una sagacidad absolutas.

ENR. No sé qué pensar. Tengo el presentimiento de que estamos perdidos, Kleber. Esta expectación ante el misterio y la incertidumbre, me acobarda y me desconcierta. Estábamos acostumbrados á seguir á distancia á la víctima, llevándola por delante, cogién-dola las vueltas; ahora el enemigo viene á nuestra espalda... Sería muy imprudente, pero quizás el único recurso: lo mejor es huir.

KLEBER Para tí, sí. Acabas de llegar. Nadie te recuerda y no pueden tener sospechas de tí. Pero mi huída es imposible, equivaldría á confesarme culpable.

ENR. Lo que es indudable, es que todo obedece á un plan. Hay una premeditación en todo ello. Y la realización es admirable. Ni un dato, ni un indicio, ni una sospecha; nada.

KLEBER ¿Y los disparos? ¿A qué obedecen los disparos? Una vez fuera de la sala, ganada la terraza, y el jardín, ¿qué sucede, para que esa persona, quien quiera que sea, se vea precisada, á disparar?

ENR. No tratemos de desentrañar lo inexplicable. Atendamos más bien á nuestra situación, al partido que debemos tomar. Si el personaje misterioso no persigue un plan determinado contra nosotros, una acción personal, el mismo plan que teníamos trazado puede salvarnos. Tú no me conoces. Yo me introduje en tu casa obedeciendo al deseo de Alicia, y en último extremo ella misma tendrá que ayudarnos.

KLEBER (Que habrá estádo como abstraído en su pensamiento.) ¡No me lo explico!...

ENR. (Después de un momento de pausa y reflexión.) Pero, ¿tú lo has examinado todo, lo has registrado todo, tienes la absoluta seguridad de que no falta nada aquí?

KLEBER Nada. Estoy seguro. La vitrina está intacta, el cristal cortado, pero intacta en el interior.

ENR. No te fijes sólo en la vitrina. En ella están á mano los objetos de valor; pero puede haber alguien para quien sea más interesante otra cosa cualquiera, una letra, un pagaré, un papel...

KLEBER Es verdad. Obsesionado por la idea de las alhajas, viendo los cristales cortados, toda mi atención se fijó aquí. Pero tienes razón, mucho más importantes son algunos de los documentos, que guardo en los cajones secretos del vargueño. (Va rápidamente hacia el mueble. Cuándo se dispone á abrirlo. entra por la primera izquierda el Criado con gran azoramiento.)

CRIADO ¡Ahí está un Comisario de policía y dos agentes! (Kleber y Enrique se miran con ansiedad.)

KLEBER ¿Qué les has dicho?

CRIADO Les he dicho que aún estaba usted acostado.

KLEBER ¿Qué hacemos?

ENR. Recibirlos.

KLEBER Hazlos pasar.

ENR. El asunto adquiere más gravedad de lo que suponíamos. ¡Mucha serenidad ó estamos perdidos. No conviene que me vean aquí.

KLEBER Ven. Desde mi alcoba puedes escuchar.

ENR. Ya sabes. Si es prudente, di que me introduje yo aquí esta noche por instigación de Alicia.

KLEBER Entra, entra. (Ambos hacen mutis. A poco entra el Criado guiando al Comisario.)

CRIADO Pase usted y tenga la bondad de aguardar. (El Criado hace mutis por la primera derecha.)

ESCENA II

El COMISARIO y KLEBER El Comisario avanza examinándolo todo. De una ojeada observa los cristales de la galería y los de la vitrina. Luego se sienta hacia el medio de la escena. Al poco tiempo aparece Kleber. El Comisario se levanta y sale á su encuentro amablemente

COM. Señor Kleber...

KLEBER Caballero... Usted me dirá.

COM. Siento mucho venir a importunarle.

KLEBER Señor Comisario: su visita me sorprende; pero en modo alguno me molesta. ¿En qué puedo servirle?

COM. En el deber que tiene todo buen ciudadano de prestar apoyo á la justicia en sus investigaciones. Este es el favor que vengo á solicitar de usted.

KLEBER Cuente con él, aun cuando no comprendo en qué puedo serle útil. Siéntese, haga el favor,

COM. Gracias.

KLEBER Estoy á su disposición.

COM. ¿Tiene usted la bondad de decirme lo que ha ocurrido en su hotel durante la madrugada última?

KLEBER ¿En mi hotel? Que yo sepa, nada, señor Comisario.

COM. ¿Nada? ¿Está usted seguro? No son esas mis noticias. Algo ha debido suceder. Y para ayudar su memoria, le diré cuáles son mis informes. Se me ha dicho que hacia las tres de la madrugada, se han oído algunos disparos hechos en el jardín de su casa. ¿Los ha oído usted?

KLEBER Sí. He oído unos disparos.

COM. Tres...

KLEBER Dos ó tres, no lo recuerdo. Estaba en mi alcoba y vine inmediatamente á esta sala asomándome luego á la ventana No pude ver nada ni descubrir á nadie. Me retiré suponiendo se trataria de un encuentro entre contrabandistas y aduaneros.

COM. Es difícil. Los disparos han debido ser más próximos. Prueba de ello que alcanzaron á la galería, como nos lo demuestra el hecho de que algunos cristales aparezcan rotos.

KLEBER Hasta esta mañana no me había dado cuenta de ello.

COM. ¿Al sentir los disparos, estaba usted ya acostado?

KLEBER No señor. En aquel momento iba á hacerlo.

COM. ¿Salió usted entonces de su habitación?

KLEBER Sí, señor. Recorrí con mis criados la casa y el jardín, sin encontrar nada anormal ni rastro alguno de sospechar. En su vista decidi no denunciar el hecho para evitarme las molestias de una indagatoria ó quizá de un proceso que siempre suele ser enojoso. Por eso empecé negando que hubiese sucedido nada.

COM. Está bien. En efecto, no parece usted muy propicio á prestar ayuda á la justicia. Permítame que insista, no dándome por satis-

fecho con sus explicaciones. Al salir usted á esta sala inmediatamente después de haber oído las detonaciones, ¿no ha encontrado usted á nadie en ella?

KLEBER (Después de vacilar un instante y como adoptando una resolución.) Sí... Es inútil disimular, puesto que usted poco más ó menos, tiene noticias de lo ocurrido. Mi propósito al no revelar á usted desde el primer momento la verdad, no tenía otro objeto que el de salvar á un desdichado, víctima del capricho de una mujer, ó de los manejos de una aventurera. Le había dado mi palabra, pero ya me es imposible cumplirla. Anoche, al acudir precipitadamente á esta sala, estaba en ella un joven á quien había conocido la tarde anterior. El señor Enrique Swif. Al principio la turbación no le permitió explicar su presencia en mi casa á semejante hora. Después me confesó que había venido á robarme una alhaja inducido por una mujer.

COM. Y esa mujer ¿quién es? ¿Se lo dijo á usted?

KLEBER Miss Alicia Morgan, su novia. Una señorita á quien invité ayer á contemplar mis colecciones.

COM. Entonces ¿usted la conoce?

KLEBER No... Es una relación de Casino. No puedo darle á usted el menor antecedente de ella. Trabé conocimiento con su tío, el caballero que la acompaña, merced á un incidente, y al manifestarme su afición á las joyas, quise enseñarle las mías. No puedo decirle á usted más.

COM. ¿Y al joven Enrique Swif, le conoce usted?

KLEBER Menos aún. Ayer mismo me fué presentado por Miss Alicia.

COM. ¿Sabe usted dónde se aloja?

KLEBER Sí. Los tres están hospedados en el Hotel de París. (Va á la primera izquierda y llama á su Agente.) ¡Foucard! (El Agente aparece en la puerta.) Tome usted el auto, vaya al Hotel de París y condúzcame inmediatamente á Miss Alicia Morgán, á su tío y... (Volviéndose á Kleber.) ¿Cómo dijo usted que se llamaba ese joven?

KLEBER Enrique Swif.

COM. ¿Cree usted que se podrá hallar en el hotel?

KLEBER No lo sé.

COM. (Al Agente.) Entérese si está un tal Enrique Swif y condúzcale igualmente. (El Agente se va. El Comisario vuelve al lado de Kleber.) Después de hecha su confesión, ¿dejó usted marchar libremente á Enrique Swif?

KLEBER Sí. Pasados los primeros momentos, cuando se hubo tranquilizado, le dejé marchar.

COM. Es un acto de generosidad caballeresca. (Después de una pausa: con intención.) Y, ¿por dónde salió?...

KLEBER (Tras de vacilar un instante.) Yo mismo le acompañé hasta la puerta. Para no poner en antecedentes á los criados, le hice salir por el jardín. Acostumbro á llevar en el bolsillo la llave de la cancela.

COM. ¿En qué momento sorprendió usted á Enrique Swif?

KLEBER Acababa de cortar el cristal de esa vitrina.

COM. (Examinando la vitrina.) En efecto. ¿Y cómo se apercibió usted de su presencia?... ¡Ah! ¡Ya comprendo!... Una combinación de luces... Está bien. Es ingenioso... ¿Quiere usted hacerla funcionar?

KLEBER (Muy turbado.) ¡Es imposible!...

COM. (Mirándole fijamente y con extrañeza.) ¿Por qué?

KLEBER El intruso, antes de decidirse á cortar el cristal, había inutilizado la instalación.

COM. ¡Es curioso!... Ello indica que Enrique Swif conocía el mecanismo... ¿Y dice usted que vino ayer á su casa por primera vez? Es muy extraño... Y más extraño aún cómo pudo usted sorprenderle: si no funcionaba el mecanismo, ¿cómo se apercibió usted de su presencia?... No está esto muy claro, señor Kleber... Además, ¿qué relación tiene todo esto con los disparos del jardín?... Ahora comprendo que quisiera usted evitarse las molestias de una indagatoria. Presumía usted de antemano que ésta había de ser muy larga. A menos que la casualidad, eterna aliada de la justicia, no nos lo aclare todo rápidamente.

ARM. (Apareciendo en la primera izquierda.) Dispensen ustedes... He llamado repetidas veces, y como nadie acudiera, hallando todas las puer-

tas abiertas, me he permitido llegar hasta aquí...

COM. ¿Será esta la casualidad?...

ESCENA III

DICHOS y ARMSTRONG

Armstrong viste correctamente. Han desaparecido de su cabeza la melena y las barbas, así como también su aire extravante. Sólo conserva una fina é irónica galantería en el decir y en sus ademanes. Al entrar se dirige á Kleber, después de saludar con una inclinación de cabeza al Comisario

ARM. Señor Kleber... ¿No me reconoce usted? Realmente mi aspecto ha cambiado bastante. Soy Armstrong, el corresponsal del *Coleccionista Excéntrico*. Anoche, paseando por la playa completamente desorientado, vi á un individuo que saltaba la verja de un hotel. Le di el alto; él pretendió huir, y entonces disparé. Al tercer disparo, el fugitivo cayó en tierra. Le alcancé, creyéndole muerto; afortunadamente las balas ni siquiera le habían herido. Luchamos, y ya sujeto, intimidado por mis amenasas, me entregó unos papeles... le registré... no tenía nada más, y le dejé huir. Como digo, mi desorientación era completa. Ni sabía dónde estaba, ni á quién pertenecía esta villa. No tuve más remedio que hojear estos documentos, y por ellos he venido en sospecha de que el robado haya sido usted... Aquí están. (Sacando unos papeles y accionando, pero sin llegar á entregarlos.) Son documentos importantes. Se refieren á la venta de ciertas alhajas... Hay tambián algunas cartas de mujer... y una certificación de penales expedida en nombre del forzado Juan Maurel. (Armstrong tiene el brazo extendido como para entregar los papeles, que Kleber no se atreve á coger. El Comisario, alargando la mano, se apodera de ellos.)

COM. Deme usted.

(Armstrong mira con sorpresa al Comisario.)

KLEBER (Lanzando á Armstrong una mirada fulminante y con

acento de reconcentrado furor.) ¿Quiere decir que fué usted el que penetró anoche en esta casa?

ARM. Sí, fuí yo. Yo que necesitaba comprobar quienes fueron los asesinos de Roberto Green.

KLEBER ¡Quién asesinó á Roberto Green!...

ARM. (Dirigiéndose al Comisario.) Roberto Green, uno de los jóvenes más poderosos de Nueva Méjico, viene á Europa, desembarca en Génova y llega á Niza. En el Casino conoce á una mujer, Victoria, la amante de Kleber; simpatizan, y después de una noche de amor, Roberto se decide á permanecer aquí. A partir de este momento, aquel joven juicioso, instigado por esa mujer, se entrega á una vida de disipación. Rápidamente llega el desenlace. Victoria conduce á su enamorado á esta misma casa, donde contempla la maravillosa joya que á ningún precio quiere cederle su dueño. Ella le incitaal robo, y Roberto se introduce aquí furtivamente con el propósito de robar el diamante. Merced á la combinación de luces, es sorprendido en ese instante. Todo estaba perfectamente preparado. Kleber y Enrique Swif caen sobre Roberto, poniéndole en la disyuntiva de firmarles un documento en que reconozca la deuda de una suma cuantiosa ó de ser entregado en manos de la policía. Green, sorprendido al principio, se da cuenta de la burda trama urdida contra él, y no resignándose á ser víctima de un *chantage,* exasperado, trata de defenderse, sacando un revólver. Se entabla entre ellos una lucha corta y desesperada, en la que Roberto sucumbe. Kleber y Swif, ayudados por su gente, hacen desaparecer el cadáver arrojándole al mar.

KLEBER No está mal su historia, pero sería curioso saber cómo puede usted comprobarla.

ARM. Es fácil... Juan Maurel. Bastará con el testimonio de Victoria Lancret.

KLEBER ¡Victoria Lancret!... ¡Victoria ha muerto!

ARM. No, Victoria no ha muerto. Busqué á esa mujer durante mucho tiempo. Tripaldi me

descubrió su paradero, y ella me facilitó los datos necesarios para esclarecer vuestro tráfico y vuestras vidas, en las cuales el asesinato de Roberto Green no es más que un incidente... (En este momento se oyen gritos fuera y un disparo. Rápidamente Armstrong se dirige hacia la terraza gritando.) ¡Ha huido!... ¡Enrique Swif ha huido!.. (Vase por la terraza. Aprovechando el momento de sorpresa, Kleber hace un movimiento como para huir, pero el Comisario apuntándole con el revólver le grita.)

COM. ¡Ni un movimiento, Juan Maurel!... (Kleber queda inmóvil. Por la izquierda entran Alicia, Morgan y dos agentes.) Perdonen ustedes, su presencia aquí ya es inútil. (A los agentes.) Poned á ese hombre las esposas y llevadlo fuera. (Los agentes se apoderan de Kleber.)

ALICIA ¡Era él!... ¿Ha sorprendido á Enrique Swif?

COM. Por fortuna de usted, miss Alicia. (Los agentes se llevan á Kleber.) Los asesinos de Roberto Green han caído en poder de la justicia. Usted misma ha estado á punto de ser víctima de ellos. Armstrong ha sabido impedirlo.

ALICIA / MORGAN ¡Armstrong!...

ALICIA (Apareciendo por la terraza.) ¡El bribón cayó en nuestras manos!... (Viendo á Armstrong, y con alegría.) ¡William!

ARM. ¿Me reconoce usted?... Sí, William, el amigo de Roberto Green, que acaba de realizar su venganza. Un día, en mi presencia, prometió usted concederle su mano al que lograra desentrañar el misterio que envolvía la trágica muerte de su hermano... Desde entonces no he descansado un momento. Y mientras ustedes me creían cobardemente huido, yo cumplía su venganza... Ahora solo falta que cumpla usted su promesa.

ALICIA (Con efusión y tendiéndole la mano.) ¡Gracias, William!... (Al fondo de la terraza aparece Kleber, las manos esposadas y conducido por dos agentes.—Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

Precio: DOS pesetas